

LOS MISTERIOS DE LA GATA HOLMES

JIRŌ AKAGAWA

**Traducción:
Bárbara Pesquer Isasi**


QUATERNI

Título original: Mikeneko Holmes no Suiri by Jiro Akagawa

Copyright © Jiro Akagawa 1978, 1985

All rights reserved

Original Japanese edition published by Kobunsha Co., Ltd.

La presente edición en español, se publica de acuerdo con Kobunsha Co., Ltd., Tokyo

Traducción del japonés: Bárbara Pesquer Isasi

Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

LOS MISTERIOS DE LA GATA HOLMES. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-943449-5-4

EAN: 9788494344954

IBIC: FF, FH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-34239-2015

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 (11)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

PRÓLOGO

—**A**delante, pasa. —Nada más abrir la puerta, Yumiko entró en el recibidor y tras encender la luz, exhortó al hombre que se había quedado tras ella a que entrara.

El hombre entró con la parsimonia del astronauta que puso el pie por primera vez en la Luna y acto seguido, echó un vistazo con cierta curiosidad al interior de la vivienda.

—El dormitorio está al fondo. —Entonces ella cerró la puerta y entró en la cocina comedor—. Entra, date prisa.

Mientras el hombre se quitaba los zapatos, Yumiko se dirigió rápidamente al dormitorio que había al fondo. Se notaba que estaba más que acostumbrada a ese lugar.

Sentada en la cama, sacó un cigarrillo, lo encendió y esperó a que el hombre viniera. Era un hombre muy corriente. A primera vista parecía un oficinista de mediana edad. Es más, seguro que en su lugar de trabajo y en su familia, era prácticamente el empleado y el marido modélico.

Llevaba escrito en la cara que hasta ahora, jamás se le había pasado por la cabeza pagar para acostarse con una mujer joven.

—Entra, por favor. —Ella volvió a dirigirse al hombre, que se había quedado parado frente al umbral de la puerta del dormitorio.

—Este es el piso de una amiga. Si no nos damos prisa, podría volver a casa antes de que hayamos terminado. Entra. —Y una vez estuvo dentro, le dijo que cerrara la puerta.

Le daba lástima. Por su aspecto, no parecía que pudiera permitirse pagar treinta mil yenes¹. Ella empezó a preocuparse un poco. ¿Llevaría ese hombre esos treinta mil yenes encima? Pero el abrigo que llevaba era caro y no le daba la impresión que eso solo fuera una fachada.

—Venga, ¿por qué no empezamos ya? Sería horroroso que mi amiga regresara y nos pillara en plena faena. Ella no tiene novio, sería una provocación, ¿no te parece?

Tras hablarle con guasa para relajar un poco el ambiente, Yumiko aplastó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie y empezó a desnudarse dándole la espalda.

Si podía hacerse con esos treinta mil yenes esta noche, podría pagarse el billete de avión del viaje a Guam². Para ella era duro, pero trabajando a media jornada en un trabajo honrado, tardaría más de un año en reunir tanto dinero. Así que no tenía otro remedio, la cuestión era terminar cuanto antes.

Seguramente aquel hombre prefería desnudarla con sus propias manos, pero como tenía prisa por terminar, se desnudó por completo y se dio la vuelta para mirarlo.

—Venga, desnúdate tú también.

El hombre permanecía en pie con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, sin mover un solo músculo, como si fuera un maniquí. Ese rostro en el que no traslucía ninguna emoción también parecía el de un muñeco.

—¿Qué ocurre? —Ella empezó a ponerse furiosa. ¿Por qué estaba perdiendo el tiempo de ese modo?—. Hazlo de una vez. A este paso voy a pillar un resfriado. ¿Tienes ganas de hacerlo o es que no...? —Ella interrumpió sus palabras bruscamente; sus ojos, abiertos como platos, se quedaron mirando fijamente un objeto con un brillo plateado que el hombre tenía en la mano y que se había sacado del bolsillo.

1 Algo más de 200 €.

2 La isla más grande y meridional de las Islas Marianas, en el Pacífico occidental, perteneciente a Estados Unidos. Fue territorio español desde el siglo XVI hasta 1898.

Frente al edificio, Hiroko observó desde la calle la luz encendida del apartamento que se filtraba a través de la ventana y frunció el ceño. Esta Yumiko era incorregible, quizá no había terminado aún. Miró el reloj de pulsera y supo que ya era la una de la madrugada. ¡Pese a que le prometió que solo utilizaría el piso hasta las doce, lo suyo ya pasaba de castaño oscuro!

Subió las escaleras, fue hasta delante mismo del apartamento y vaciló un instante. En el pasado, en una ocasión, entró de repente y se encontró cara a cara con un hombre completamente desnudo. Procuró abrir la puerta cuidadosamente.

¡No se lo podía creer! ¿Cómo se le ocurría no cerrar la puerta?

Aguzó el oído, pero no oyó ningún ruido, ni ninguna voz que le hiciera pensar que fuera a pasar lo de la otra vez. A lo mejor Yumiko se había quedado dormida.

Puesto que en el recibidor no había ningún zapato de hombre, entró en el apartamento algo más tranquila y tras dejar en la nevera un cartón de leche que había comprado en una máquina expendedora, se dirigió al dormitorio.

—Yumiko, despierta —dijo mientras abría la puerta.

Ni siquiera fue capaz de gritar.

Hiroko tenía los ojos muy abiertos, se había tapado la boca con la mano, e iba retrocediendo tambaleándose, para acabar sentada en el suelo como si se hubiera derrumbado. Entonces, se puso desesperadamente a cuatro patas e intentó arrastrarse hacia el recibidor.

Pero a medio camino ya no pudo contenerse más y vomitó.

Después de vomitar varias veces, finalmente pudo ponerse en pie y salió temblorosa por el pasillo para ir a pedir ayuda.

PRIMER CAPÍTULO

LA HAGOROMO Y EL ASESINATO

1

—*P*rincesita, el jefe te llama.
Katayama finalmente se decidió a abrir esos párpados que tanto le pesaban.

Vio ligeramente borroso el rostro de Okada, su compañero de trabajo.

—¿Cómo dices? —Katayama le respondió con una pregunta.

—Que te llama el jefe.

—Ah, vale.

Katayama se levantó de su asiento con parsimonia. Eso de “princesita” era un mote. Él era un hombre adulto hecho y derecho de veintiocho años, repleto de juventud. Aunque era posible que de lo que estuviera repleto, más que de juventud, fuera de somnolencia.

Sobre su físico larguirucho y desgarbado había encajada una cara con unos ojos muy redondos. Tenía unas piernas muy largas y su modo de andar resultaba cómico: economizaba el paso de tal modo que recordaba a una jirafa. Entre sus hombros ligeramente caídos y su rostro con unos ojos y una nariz redondeados, daba toda la impresión de ser una joven gentil. Pero esa no era la única razón por la que le llamaban “princesita”...

—¿Me llamaba? —El detective Katayama se presentó ante el superintendente Shigeru Mitamura, el jefe de la primera sección de investigación.

—Sí, siéntate.

Este hombre de mediana edad y aspecto corriente tenía cara de buena persona. Todo el mundo sabía que Mitamura era famoso en la comisaría por lo buen jefe que era. Habitualmente era un superior amable, pero tenía la fama de que una vez montaba en cólera, no había rincón del edificio en que no se oyera el “trueno” que hacía restallar.

Katayama se acomodó en la silla colocando las piernas juntas y escudriñó de qué color tenía el rostro el jefe. Al cabo de un par de segundos se dijo a sí mismo que parecía que no se avecinaba algo malo: “Cielo ligeramente nublado, no es necesario llevar paraguas”.

—Quiero que te encargues de un trabajo —dijo Mitamura tras levantar la vista de un grueso informe que tenía a mano.

—Está bien...

—Se trata del caso de la universitaria que asesinaron por la noche, hace tres días.

Esto no podía ser. Katayama tragó saliva. ¿El asesinato de la universitaria? ¿Aquel en que despedazaron su cuerpo con un arma blanca afilada?

—Parece que vamos a tardar bastante tiempo en identificar al sujeto —prosiguió Mitamura—. Tenemos una lista de sospechosos, pero resulta que hay muchos, demasiados.

Los compañeros que se habían desplazado hasta el lugar de los hechos se habían quedado blancos del horror. La habitación era un mar de sangre y el cuerpo de la universitaria se desparrahaba desde la cama hasta el suelo, con los brazos y la cabeza colgando boca abajo. Con los ojos muy abiertos en una expresión de terror, parecía estar aún con vida y contemplando la terrible imagen de sus entrañas desbordándose por su abdomen cortado en dos.

—Así que lo que te quería pedir era... ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—S-sí...

Katayama se había quedado blanco y unos sudores fruto de los nervios habían aflorado en sus mejillas.

—Sí, estoy bien. Discúlpeme, por favor. —En su fuero interno, Katayama se iba diciendo: “*¡Sé fuerte, hombre! ¡No quedes en evidencia!*”.

Mitamura prosiguió con una cara que parecía decir “*qué cruz*”:

—Lo tuyo no tiene remedio. Hace muchísimo tiempo que trabajo en la policía, pero jamás había oído que un detective se desmaye cada vez que ve sangre.

—La verdad es que me da muchísima vergüenza.

—No te preocupes. No te estoy pidiendo que investigues el asesinato en sí. No hace falta que veas ningún muerto.

—¿De veras? —Katayama sintió que volvía a revivir.

—Yumiko Kurihara, la chica asesinada, era una estudiante de tercer año de la Universidad Femenina Hagoromo.

—¿Hagoromo? ¿Como el hagoromo³ que llevan las diosas celestiales?

—Se escribe del mismo modo, pero no tiene nada que ver con eso. El fundador de la universidad se llamaba Kōkichi Hagoromo.

—Ah, entiendo.

—Supongo que tú también debes estar más o menos al corriente, pero por lo visto, la víctima le pedía a una amiga que le prestara su apartamento y se estaba prostituyendo. En fin, aparentemente se lo tomaba como un simple trabajo a media jornada... A petición del campus no se ha hecho público nada de esto ante los medios de comunicación.

3 Tipo de kimono ceremonial muy ancho con las mangas muy largas que llevan las sacerdotisas de alto rango de ciertos templos durante celebraciones religiosas señaladas. Las diosas celestiales del sintoísmo se representan con ese tipo de kimono sagrado.

Katayama también recordaba haber leído en la prensa algún artículo insinuando que la policía no había facilitado todos los detalles del caso.

—Por cierto, el decano del departamento de literatura se llama Morisaki y fue compañero mío en la universidad. Me ha pedido que investigue yo el caso. Me encantaría ayudarlo, pero no puedo marcharme y dejar tirada la montaña de trabajo que tenemos aquí. Por ello quiero que vayas en mi lugar y escuches lo que tenga que decirte.

—Entendido. —Katayama recuperó la calma en buena medida y le preguntó al superintendente—: ¿Bastará con hablar con él?

—Presta mucha atención e infórmame de todo. Dile que intentaremos ayudarlo en todo lo que esté en nuestra mano.

—Sí.

—Habla con él. Como ves, no tiene nada que ver con la sangre.

A pesar de que solía tomarse todo lo que le decían con buena fe, Katayama tuvo la impresión de que lo había dicho con un poco de sorna.

—¿Tengo que hacer algo más?

—Eso será todo. Morisaki te está esperando. Ve a verlo y vuelve a comisaría lo más rápido que puedas. Recuerda, es la Universidad Femenina Hagoromo.

—Sí, lo sé. —Se levantó de la silla y de repente pareció caer en algo en lo que no había reparado antes—. Oiga, eso de universidad femenina... significa que todas las alumnas son mujeres, ¿verdad?

—Que yo sepa, en una universidad femenina no se admite el ingreso de hombres.

El rostro de Katayama volvió a quedarse blanco. Estaba cambiando de color con la misma frecuencia que lo hacía un semáforo.

—Superintendente... lamento mucho pedírselo, ¿pero no podría asignarle este trabajo a otro hombre?

—¿Y eso por qué?

—Bueno... Es que se me da fatal tratar con mujeres... Cada vez que me acerco a un lugar donde hay varias reunidas, tengo dolor de cabeza, ataques de vértigo, y al final me dan mareos. A veces incluso me sale urticaria y...

Katayama vio cómo el rostro de Mitamura adquiría una expresión severa y dejó de hablar.

Iba a desencadenarse una “tempestad”.

—Entiendo. En ese caso, ¿quieres que te enseñe las fotografías del escenario del crimen de la universitaria asesinada?

—¡N-no! ¡No será necesario!

—Entonces, ¿irás a la Universidad Femenina Hagoromo?

—¡Sí! ¡Sí que iré!

Katayama estuvo a punto de irse a trompicones, pero se detuvo de golpe y se quedó de pie ahí en medio, completamente tieso:

—Esto... ¿Y cómo llego hasta allí?

Desquiciado, Mitamura lanzó una mirada furibunda a Katayama. A continuación se sacó del bolsillo el bloc de notas y le pasó a Katayama un pequeño papel doblado que guardaba en su interior.

—Esta es la dirección. Puedes ir en taxi si quieres.

—¿Y me pagarán la carrera del taxi⁴?

—Sí.

Genial, podría ir durmiendo. Katayama dio dos, tres pasos para irse mientras miraba la nota y entonces se detuvo. ¿Qué iba a hacer? Bueno, aunque no lo supiera exactamente, un oficial de policía era un funcionario público, así que debía poner todos sus esfuerzos en aquel caso y prestar su ayuda.

—Perdone... —dijo Katayama.

—¿Aún tienes alguna duda? —Mitamura le respondió con una cara que denotaba que estaba empezando a perder la paciencia.

—Esta dirección...

—¿Hay algún error en ella?

—No. —Y tras un instante, prosiguió—: ¿Cuál es el código postal?

¡El trueno restalló!

4 En Japón las tarifas de taxi son sumamente caras.

—Lléveme a esta dirección, por favor.

En cuanto Katayama subió al taxi, le entregó la nota al taxista, se dejó caer sobre el asiento de atrás, y se quedó inmóvil como si lo que fuera a suceder a continuación no fuese con él.

“Bueno, a dormir un poco”, se dijo.

Y entonces cerró los ojos. Sin embargo, el taxi no se movía en ninguna dirección.

—¿Hay algún problema?

—¿Adónde quiere que lo lleve?

El taxista le mostró la nota, y empezó a leerla en voz alta con una mueca en la cara:

—Cerdo rebozado con arroz: 350 yenes. Tempura de marisco con arroz: 400 yenes... ¿Acaso hay algún lugar que se llame así?

—Ay, me he confundido. Es esta.

Hecho un manojo de nervios, Katayama le entregó la nota con la dirección de la Universidad Femenina Hagoromo y recobró el vale del comedor. Si se quedaba sin él, tendría que pagar la comida.

—¿A la Universidad Femenina Hagoromo? —Se produjo una breve pausa—. Dígame, ¿es usted detective de policía?

—Así es.

—¿Va a investigar el asesinato de la universitaria?

—Más o menos.

Katayama asintió con un poco de arrogancia.

—Está bastante lejos —dijo el taxista mientras se iba metiendo en la riada de vehículos—. ¿No prefiere ir hasta allí en tren? Menudo derroche. —Al ver que Katayama se quedaba callado y algo desconcertado, el taxista siguió hablando—: Se supone que este taxi lo pagará con mis impuestos, ¿no?

—Bueno, ahora que lo dice, es verdad...

—Pues preferiría que les diera un mejor uso.

Katayama se quedó un poco decepcionado.

—Entonces, ¿sería mejor que no fuera en taxi?

—Qué va, así al menos se me devolverá una parte de los impuestos que he estado pagando de más.

Le pareció un razonamiento un poco raro, pero por más que se estrujara los sesos, no supo ver qué le extrañaba en particular. Se rindió y se quedó mirando al frente con la cabeza en la luna. La somnolencia que tenía parecía haberse despejado.

Era el uno de octubre, una fecha que se mecía entre los ocasos tardíos y los ocasos tempranos, y entre el otoño y el invierno. En ese momento hacía poco que habían pasado las doce del mediodía y la cálida luz del sol caía sobre los hombres y las mujeres, que en ese momento daban un paseo durante la pausa del mediodía.

“Qué cruz. ¿Por qué no me dio por ser un oficinista corriente como ellos? Tendría una vida más confortable y un sueldo mejor que el que tengo como detective de policía”, se dijo. Qué diablos, aún no era demasiado tarde para cambiar de oficio. Si realmente se decidiera a ser oficinista, podría serlo y punto.

Comenzó a pensar en su padre, conocido en la comisaría como el *Detective Demonio*, por su habilidad para resolver crímenes. Un día que no estaba de servicio, su progenitor se topó por casualidad con un ladrón que salía de una casa y acabó muriendo apuñalado cuando intentaba capturarlo. Por aquel entonces Katayama tenía doce años. Como su madre había fallecido hacía mucho tiempo, acabó viviendo solo con su hermana pequeña de siete años.

Antes de fallecer, sus últimas palabras fueron pedirle a su hijo que se convirtiera en “un oficial de policía magnífico”. En su fuero interno, ambos sabían que Katayama no servía para detective, sin embargo, este aceptó su compromiso y cumplió su palabra.

Sin embargo, Katayama nunca lo hubiera logrado, de no ser por Mitamura, el compañero de su padre, que entonces ocupaba el cargo de inspector de policía, que aceptó solemnemente la última voluntad de su compañero pese al gran sacrificio que suponía, y prometió que “aceptaba de buen grado a su hijo y se haría cargo de él”.

Si el propio Katayama hubiera dicho que no quería serlo, no habría habido ningún problema, pero él tenía por principio no llevar la contraria a la gente y mucho menos a su padre.

¿Cuántos años habían pasado ya? Harumi también se había graduado y ahora estaba trabajando de dependienta en unos grandes almacenes. Tenía veintiún años; ya era toda una mujer.

“Ya empieza a ser hora de replantearse las cosas”.

Katayama miraba distraídamente por la ventana, al tiempo que pensaba en su hermana. Pronto se enamoraría de alguien. No podía pasarse toda la vida cuidando de él. Cualquier día, más pronto que tarde, le diría que quería cuidar de otro hombre. Y cuando eso sucediera, ¿qué pasaría con la comida de cada día? Ahora que caía, ¿qué tendría esa noche para cenar? ¿Los restos del estofado de ayer?

Ella era una buena cocinera, pero como preparaba en un solo día la comida de toda la semana, Katayama tenía que cenar lo mismo varias noches seguidas.

“¿Estofado para hoy y también para mañana?”.

En ese momento el vehículo estaba entrando en la ciudad de Fuchū. Al cabo de un instante que le pareció muy breve, el taxi redujo la velocidad rápidamente y se detuvo.

—Es aquí.

—Gracias.

Pagó la carrera del taxi con cargo de conciencia, tomó el recibo y bajó del coche.

Dado que aquello era una universidad, se imaginó que tendría una puerta de acceso magnífica, pero no había nada remotamente parecido a una gran entrada. Frente a la calle había un camino de grava flanqueado por un paseo de árboles que parecía formar parte de la propia estructura interna de la universidad. De no existir un sencillo letrero vertical en un lateral con el nombre Universidad Femenina Hagoromo, su ubicación le habría pasado del todo inadvertida.

Tenía un sección residencial a su alrededor, junto a un amplio jardín en el que había un gran número de viviendas de lujo. Y lo mejor era que no había edificios altos, y por lo tanto, nada que obstaculizara la visión del cielo azul.

Aquellas vistas hicieron que Katayama se sintiera feliz y animado mientras se adentraba por el camino de grava. Pero ese sentimiento desapareció de inmediato en cuanto vio que

varias universitarias venían en dirección contraria conversando en alegre algarabía.

Le dieron ganas de quedarse mirando al suelo, pero como le preocupaba chocarse con ellas si andaba cabizbajo, siguió avanzando con la cabeza en el ángulo justo que le permitía ver los pies de las jóvenes. Cuando el sonido de las risas de las universitarias se iba acercando, su corazón se desbocó. Justo antes de que se cruzaran con él, la conversación de las jóvenes se detuvo de repente.

“¡Me están mirando!”, pensó.

Y entonces, una vez que ambas partes se cruzaron en silencio, la distancia entre ellos se fue haciendo progresivamente más grande. Aquello había sido como el encuentro entre dos grandes espadachines. Katayama oyó cómo las jóvenes reían a sus espaldas.

“Se están burlando de mí...”.

Quizá no se reían de él, podía haber sido una percepción equivocada, fruto de darle demasiadas vueltas a las cosas.

2

—Lo hemos estado esperando.

La secretaria del decano del departamento de literatura apareció y se dirigió a Katayama, que estaba esperando en una silla en el pasillo.

—El decano ya ha regresado. Puede pasar.

—Muchas gracias.

La secretaria no le dio ningún tipo de pánico. No había duda de que era una mujer, pero ni era joven, ni había nada femenino en ella. Parecía un bastón regordete con gafas envuelto con un pedazo de tela.

Katayama abandonó la pequeña habitación donde estaba la mesa de la secretaria. Cuando iba a abrir la puerta donde podía leerse: “Despacho del Decano”, se llevó una sorpresa. En la